

BASES

Este periódico se publica todos los días menos los festivos, repartiendo además, gratis una edición a los obreros.
 Oficinas:
 Beato Diego de Cádiz, n.º 6
 Talleres, en la misma casa.

LA INFORMACION

PARA LOS OBREROS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

SUSCRIPCION
 En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50
 Provincias, trimestre : 5'00
 Número del día 10 céntimos:
 Anuncios a precios módicos, con extensa circulación, por insertarse en las ediciones que en gran número se reparten gratis.

Respeto a la Ley

Hay una cosa que tiene singular encanto entre los españoles, que es, a no dudarlo, una obsesión de raza y que se presenta en todos los momentos de la vida.

Se tiene la equivocada idea de que todo lo que sea burlarse de la autoridad, esquivar sus disposiciones, desobedecer sus órdenes y cuanto de ella emana, es gracioso, oportuno y ha de contar con el aplauso de toda opinión.

En cambio se tiene el absurdo concepto de que los representantes de la autoridad, a los cuales a virtud de los actos que tienen que ejercer les dan las leyes armas para defenderse y para reducir a los que faltan a ella, deben soportar pacientemente, como si no fueran hombres sino máquinas los ataques, las agresiones y los insultos que se les dirijan.

Recibe uno de estos, en esos días de conmociones populares una pedrada, un disparo, un objeto de cualquier agresión y se exclama con una especie de convencimiento especial y sui generis.

Para eso ganan el sueldo.
 En un momento dado, obedeciendo las órdenes de sus jefes, a virtud de lo que su deber les ordena, hacen uso de las armas y hay que ver la polvareda que se levanta, los gritos y las imprecaciones que se escuchan.

Así como hay que protestar de todo abuso de fuerza, de la misma manera que toda acción bruñal merece censuras, venga de donde viniere, hay también que convenir en que el respeto a la Ley es absolutamente necesario, porque, ajustándose a ella unos y otros, se evitarían escenas lamentables.

De la misma manera que sería acto suicida o de lecura jugar cerca de un barril de pólvora con un fósforo; de igual modo es acto censurable el de burlarse de los representantes de la ley que están obligados a cumplirla y que son esclavos de su deber y de la disciplina.

Hacia la guerra

De Génova a Berlín

Génova está llena de soldados, que usan uniforme gris, como los alemanes.

Hay muchos oficiales que visten ya el traje de campaña.

Y uno pregunta, y pregunta en vano: —Al fin, ¿Italia va a tomar parte en la guerra?

El elemento popular, con una verbosidad y un entusiasmo sorprendentes, se muestra helicóseo.

Pero las gentes que tienen alguna responsabilidad sonríen y callan.

—La verdad respecto de la futura actitud de Italia—me dice un viajero suizo que va conmigo en el tren hasta Milán—es que aquí las gentes que hablan no saben y las que saben no hablan.

Así debe ser, en efecto.
 Pero yo no puedo menos de considerar con pena la posibilidad de que Italia tome parte en la guerra.

No por razones políticas, sino porque la idea de que esta muchedumbre gárrula, simpática y pintoresca, que llena las calles de la bella ciudad mediterránea, sienta el dolor real—tan distinto de la visión literaria—de una campaña europea me llena de anticipada piecá.

Paréceme que quienes excitan el entusiasmo bállico del pueblo italiano cuidan mucho de ocultarle el precio enorme de la victoria en las guerras de nuestro tiempo,

Se habla a las gentes aquí del papel decisivo y glorioso de Italia en el conflicto actual.

La imaginación de un pueblo tan agudo como éste se exalta con la pintura de las batallas en que ha de vencer y de los territorios que ha de ganar.

En cambio, se pasa como sobre ascuas cuando se habla del horror de la guerra.

No se le dice a una raza tan impresionante, tan hiperbólica en el placer y en el dolor, lo que significan esos combates en que los hombres caen a millares, los trenes que regresan llenos de heridos, para inundar las ciudades con su carga ensangrentada y lúgubre; los campos en que, bajo las toscas cruces hechas de ramas, vencedores y vencidos se quedan a dormir el postrer sueño.

Trátase de precipitarla a la lucha halagando su instinto de expansión, su ambición territorial, su afán de gloria, pero como si la empresa fuera fácil, como si muchos de estos rostros femeninos, vivaces, ardientes y risueños, no hubieran de ser para ello macerados por las lágrimas.

Algunos periódicos—«La Stampa» entre ellos—ponen coto a estas excitaciones interesadas de la guerra inglesa y recomiendan a un famoso publicista británico, el doctor Dillon, que no se atribuya el papel de clasificar a los italianos en buenos y malos patriotas, según sean o no partidarios de ayudar militarmente a Inglaterra.

Pero la inquietud de la guerra está ya en el ambiente.

Y esta profusión de uniformes de campaña contribuye a hacer aparente su inminencia.

La mayor parte de los diarios exponen con prolijidad y fruición los verdaderos o supuestos éxitos rusos telegrafados desde Londres.

El público se arremolina ante los transparentes en que se anuncia que el Gobierno francés ha nombrado coronel a Pepino Garibaldi.

Y yo tengo la impresión de que si el Gobierno italiano obtiene diplomáticamente las expansiones territoriales a que aspira en la costa del Adriático, la masa popular verá desvanecerse el fantasma de la guerra con desencanto más que con satisfacción.

De una mañana lluviosa cuando atraviesa las llanuras feraces de Lombardia.

Tengo luego dos horas, que empleo en pasear por el centro de Milán, entre los grupos de negociantes de la Bolsa o las gentes ociosas y bien vestidas que toman café en las galerías de Victor Mannel.

La tarde se aclara cuando vuelvo al tren que me lleva a Suiza, y que pronto comienza a atravesar los túneles y a hundirse en el fondo de los valles alpinos.

Es de día aún cuando paso junto al lago de Como, planteado é inmóvil, reflejando en su cristal la ciudad romanesca, grata a Stendhal.

Luego, las cumbres se hacen inaccesibles, y anaranjadas por el sol poniente las nieves eternas.

El tren va ahora entre montañas imponentes, atraviesa viaductos tendidos sobre abismos en cuyo fondo suena el estruendo de los torrentes espumosos, se hunde en la sombra repentina de los túneles...

En mi departamento sólo hay un clérigo protestante, acompañado de su esposa, bondadosa matrona rubia, ávida de conversación,

—¿Es usted italiano?—me pregunta.

—Soy español, señora.

—¿Va usted a Zurich?

—A Berlín.

—Magnífica ciudad—interviene el pastor—; pero ¿no tiene usted miedo a los inconvenientes de la guerra?

—Voy precisamente por ella; soy periodista—le confieso.

Ambos son súbditos alemanes y están seguros del triunfo de las armas del Kaiser.

Paternalmente me instruye acerca de los hoteles de Zurich; donde he de permanecer un día, y me ofrecen su casa de Lugano, en la que residen todo el año.

A Lugano llegamos ya con la última claridad de la tarde.

En el agua del lago no se reflejan sino las luces de la ciudad.

Las cumbres de las montañas desaparecen entre las nubes.

Y antes de llegar al túnel de San Gortardo, comienza a nevar mansa, interminablemente.

Por el apaisado cristal diáfano del vapor, veo el paisaje nocturno enharinado, los pinares que parecen empolvados de azúcar, que un soplo aventaría; los taludes de los montes cercanos, cuyas cimas no alcanzo a distinguir, acolchados por la nieve algodonosa; en medio de la que parecen ateridas, heladas también, las lucernas de las estaciones solitarias.

Van pasando las horas.

A las once, cuando hace rato ya que salimos del gran túnel, el resplandor de los arcos voltaicos de una gran ciudad, colora de un matiz violeta el paisaje nevado.

—Es Zurich—dicen los viajeros a mi lado.

—Zurich—viene avisando el conductor del tren.

Yo siento que en mi espíritu esta palabra no despierta eco alguno.

El tren se detiene en el andén de una gran estación suntuosa.

Voy en automóvil al hotel, por calles anchas, rectas, magníficas, alumbradas profusamente, bordeadas de grandes edificios que la nieve siluetea.

Y un instante después, estoy en un cuarto de hotel como tal vez sólo los hay aquí; blandamente alfombrado, con dobles puertas y ventanas dobles; un cuarto al que ni un sólo ruido del exterior puede llegar.

Yo me refugio en este cuarto toda la noche y todo el día siguiente.

La nieve cae incesante, persistente. Esos tejados de pizarra son ahora blancos.

El arroyo de la calle lujosa tiene un palmo de nieve también, y en él se hunden las rayas paralelas negras de los rieles del tranvía.

La ciudad parece deshabitada, demasiado grande, como San Sebastián en invierno.

Y estoy deseando salir de ella, como de una casa nueva y vacía, en la que fuera imposible hallar calor cordial.

A las cuatro de la tarde tomo el expreso para Berlín.

Poco después estamos en Schaffhausen (Alemania).

Suben aquí los soldados alemanes—los «bárbaros»—que ya conozco de Bélgica.

Examinan con toda cortesía nuestros pasaportes.

—¿Es usted español?—me pregunta el que tiene el mío.

—Sí, señor.

—Hoy he leído que España va a mo-

vilizar—me dice, amistosamente—; ¿hay algo de eso?

—No lo sé—le replico.

Me sella el documento, y al devolvermelo me desea buen viaje.

Comienzan las colinas, los valles, las montañas, llenas de pino, de Suavia.

La nieve ha blanqueado todas las perspectivas.

Un instante pasamos junto al Rhin, mozo aquí todavía, tortuoso entre pueblecillos pintorescos.

Las casitas tienen, junto a la espumosa corriente, tejados soledizos, con grandes aleros, y torrecillas puntiguadas como en las estampas de Durero.

En lo alto de las montañas, remotas a veces, álzase castillos medievales, que la imaginación puebla de sombras románticas...

El vagón-restaurant se llena de gentes apacibles; hay quien pide y bebe con fruición una botella de Burdeos.

Y la primera sorpresa hallóla aquí.

El lector sabe que en los vagones-restaurantes que circulan por las líneas férreas de España, los fámulos no delegan en el viajero la facultad de servirse las viandas a su antojo: son ellos quienes le sirven, y esto, no porque sea prueba de distinción o de buen gusto, sino porque la entidad explotadora del vagón-restaurant realiza así pingües beneficios.

El mozo del vagón-restaurant español parece convencido de que los comensales a quienes atiende van todos a consagrarse al claustro y desean hacer previamente ejercicios de ascetismo: tal mesura y parsimonia muestra al serairles.

En este vagón alemán, es decir, en este «restaurant» ambulante de un país que, según sus enemigos, está a punto de perecer de hambre, ocurre todo lo contrario: el mozo, no sólo no se arroga la facultad de medir o cohibir mi apetito, sino que, juzgándolo inadecuado para una larga jornada, me insta con insistencia a guarnecer mi plato nuevamente.

El igual paternal solicitud muestra hacia todos los demás viajeros.

Ahora, por la ventana, veo los bosques nevados.

En el tren viajan muchos oficiales que van subiendo en todas las estaciones del trayecto, enfundados en sus capotes plomizos, bajo los que asoman las vainas, forradas de cuero, de los sables.

Algunos vienen con sus esposas.

En traje civil, también hay muchos hombres jóvenes.

Y nada habla aquí de la tristeza de la guerra.

No se ven rostros deprimidos, apenados ni angustiados.

Las gentes charlan en voz alta, beben su vaso de cerveza, bromean y rien.

A las diez, ya en Stuttgart, únense al tren los coches-camas, en los que por un precio módico tenemos también nuestro sitio.

—Así, pues—nos preguntamos a nosotros mismos—, ¿no pasa aquí nada extraordinario?

Absolutamente nada; preciso es reconocerlo.

El tren marcha con asombrosa velocidad, sin un minuto de retraso.

Los viajeros que se disponen a dormir piden cigarrillos, o agua mineral, un vaso de leche, una naranja.

Todo les es facilitado con presteza.

Yo estoy mirando, con la frente apoyada en el cristal, la selva nevada, las luces de los pueblecitos, cuyos nombres ignoro.

La hoz de un río que se curva en torno a una colina coronada de muros derrui-

dos, todo el paisaje vago, fantasmal bajo la luna, de esta vieja, heroica, legendaria tierra de Alemania.

Y cuando me acueto al fin, rendido de cuerpo y de alma, duermo sin interrupción hasta que la voz amistosa de mi compañero de mi departamento me despierta:

—¡Fh, señor periodista español, es hora de levantarse!

—¿Estamos ya en Berlín?

—En cuanto nos hayamos desayunado.

Yo he pedido también para usted frutas, café con leche, pan y manteca.

—Perfectamente. ¿Pero es posible obtener todo eso fácilmente?—le digo.

—¿Por qué no?—me replica extrañado de mi pregunta.

Media hora después, bajo el sol claro de la mañana, atisbamos la gran ciudad en la línea lejana del horizonte.

—¿Es Berlín aquello?

—Sí.

Pensando en las dificultades, andanzas y aventuras que me aguardan en la gran ciudad desconocida, el corazón me late apresuradamente.

Pero ya el tren detiene su marcha, bajo la alta techumbre de cristal de la estación.

Y refreno mi emoción y echo pie a tierra.

JUAN PUJOL

Berlín, Marzo 1915.

Por Telégrafo

Madrid, 24 (varias horas).

Política y políticos

Informes de Dato

Dijo Dato, que estaban preparando el decreto para hacer efectiva la intervención civil en la administración de los ministerios de Guerra y Marina.

También la tendrá en el presupuesto de Marruecos.

Este se ha unido al de la Presidencia.

En la reunión que tuvo ayer con los ministros de Hacienda, Guerra y Marina, quedaron acordadas las bases de la intervención en líneas generales.

En la próxima semana quedará redactado el proyecto, y el decreto se llevará al próximo Consejo de ministros.

El Estado Mayor

El señor Dato y el ministro de la Guerra, conferenciarán a cerca de la creación del Estado Mayor Central del Ejército.

El proyecto de creación ya lo tiene terminado el ministro.

Mañana dará cuenta en el Consejo.

El señor Dato añadió, que el lo concierne en líneas generales.

De este asunto estuvo informando al Rey en el despacho de esta mañana.

Sobre un arresto

Preguntado el Sr. Dato acerca de la veracidad de los rumores que circulaban sobre dimisión del capitán general de Madrid, relacionada con el arresto del hijo del conde de Romanones, dijo que no tenía noticia alguna de tal dimisión.

Lo del arresto es cierto, pero sólo por dos días.

El presidente enseñó a los periodistas la orden de la plaza del día 21.

El conflicto europeo

Según declaración oficial de Londres, el episodio del «Manitou», en el Mar Egeo ocurrió en la siguiente forma:

Al transporte detuvo un torpedero porque se había evadido de Smirna.

Al cumplir los tripulantes y pasajeros del «Manitou» la orden de abandonarlo que les intimó el torpedero, volcaron dos botes y se ahogaron 51 artilleros ingleses.

NOTICIAS VARIAS

Ayer estuvo en Cádiz, visitando a las autoridades, el nuevo comandante general del Apostadero don Emilio Guitard.

Ayer se dió en el Hospicio Provincial la Sagrada Comunión, a cuarenta y tres niños y veinte y una niñas asiladas.

La Capilla había sido exornada con sumo gusto y presentaba profusa iluminación.

Administró la Sagrada Comunión, el capellán de la casa señor Sánchez Pérez.

El acto resultó solemne.

Ayer por la mañana, en tren militar, llegaron a ésta 328 reclutas del regimiento de Saboya y 274 de Wad-Rás.

Pertenecen a la guarnición de Madrid.

Para recibirlos, concurrieron a la estación varios señores jefes y oficiales y la banda de música del regimiento de Pavia que interpretó bonitas composiciones.

Dichos reclutas embarcaron por la tarde en el vapor «Canalejas», con destino a Larache.

El «Boletín Oficial» publicará una Circular autorizando a los maestros de las Escuelas nacionales que lo deseen, a tomar parte en las oposiciones convocadas, pero se les advierte que adopten medidas a fin de no dejar desatendidas las clases.

En este Gobierno civil se ha recibido, para su entrega al interesado, título de Doctor en Medicina, a favor de don José Zurita, vecino de Los Barrios.

El general gobernador militar de la plaza don José San Martín, estuvo ayer revistando las fuerzas de Alava, en los glacis de Puerta de Tierra.

Según noticias recibidas ayer, el señor Gobernador civil había reducido el precio del pan, de 56 a 50 céntimos el kilo en dicha población.

Había tranquilidad.

El señor Gobernador ha insistido con el señor ministro de la Gobernación, para que envíe trigo a esta capital, para destinarlo a los pueblos de la provincia que lo soliciten.

En la próxima semana le corresponde el turno de guardia nocturna, al facultativo municipal don Juan Calbo, domiciliado García de Arboleya 4.

Ayer en el exprés marchó a Madrid y Gijón, don Donato Argüelles, exalcalde de Gijón, que en la actualidad reside en Habana, donde forma parte de la importante sociedad fabricante de tabacos, Rodríguez Argüelles y C.

Dicho señor llegó a Cádiz, procedente de Cuba, en el «Manuel Calvo».

Monte de Piedad y Caja de Ahorros

Aviso

El día 17 de Mayo, a las tres de la tarde, y días siguientes necesarios se venderán en pública subasta los efectos ya vencidos y correspondiente a los números que a continuación se expresan:

Sección de Alhajas.—Mes de Marzo de 1914.

Central núm. 72.561 al 74.525.

Sucursal 1, núm. 33.817 al 34.312.

Sucursal 2, núm. 25.635 al 26.159.

Sección de ropas.—Mes de Agosto de 1914.

Central núm. 82.642 al 83.009.

Sucursal 1, núm. 11.048 al 13.315.

Sucursal 2, núm. 4.678 al 10.093.

Se previene a los empeñantes de ropas y alhajas que para dar cumplimiento

exacto a los artículos 54 y 71 del Reglamento, solo se autorizará el desempeño y renovación de los lotes ananciados hasta el día 16 víspera de la subasta, pasada la cual se entenderá que los interesados han desistido de efectuarlo.

Cádiz a 24 de Abril de 1915.

El presidente, José Gay.

ASOCIACION DE EMPLEADOS

Anoche a las nueve se verificó la inauguración del Círculo de empleados provinciales, municipales y del Estado, establecido en la calle Montañez.

El acto resultó verdaderamente simpático, pues se vió el gran compañerismo que existe.

Había sido exornado con verdadero gusto, tanto el salón que está a la entrada como el interior.

La concurrencia fué extraordinaria.

Excusaron su asistencia por quehaceres perentorios, los señores gobernador civil y alcalde de la capital.

Concurrieron de San Fernando, los señores don Isidro Madariaga, don Manuel Beas contador interino del Ayuntamiento, don Manuel Pérez Vidal oficial de Contaduría, don Salvador Sánchez Ocaña oficial de actas y don José González Álvarez mayordomo del Ayuntamiento.

También asistió el diputado a Cortes don Juan Aramburu y el subdelegado de Medicina don Amado García Bourlié.

El presidente de la Asociación don Guillermo Smit dirigíó un saludo al representante en Cortes que se encontraba presente.

En su breve discurso explicó el motivo de la unión de los empleados, que no era nada más que mejorar la clase y prestar el servicio en las correspondientes Corporaciones a satisfacción de sus jefes.

Tuvo frases cariñosas para aquellas personas que habían prometido apoyar la Asociación.

El señor don Juan Aramburu contestó al saludo agradeciéndolo íntimamente.

Le pareció muy bien la idea de unirse, pues la unión—dijo—constituye la fuerza.

Alabó a los empleados, expresando, que él como ellos, no era más que un trabajador.

Agregó que sus ratos de expansión eran solo aquellos que le produce el cargo de diputado y como tal había puesto su corta inteligencia y voluntad al servicio de Cádiz y de la Patria.

Estima, que los empleados deben ser respetados en sus puestos, y no ser separados de éstos por ardides de la política o por conveniencias del cacique.

Ofreció su apoyo a la Asociación.

Terminó su breve discurso brindando por la prosperidad y auge de la Asociación la que considera muy simpática.

También brindó don Amado García Bourlié.

Dijo que durante el tiempo que había ostentado cargos del Municipio, no había tenido que amonestar en lo más mínimo a empleado alguno, lo cual le servía de satisfacción.

Reconoció la laboriosidad de los empleados.

Abogó porque el empleado no sea apartado de su cargo, estimando que con esto habría una economía para la Corporación a que perteneciera y serviría de satisfacción para los empleados que pertenecen a distintos grupos políticos.

Ultimamente brindó por la prosperidad de la Asociación.

Los oradores fueron muy aplaudidos. A los concurrentes se les obsequió con un espléndido «lunch».

El acto estuvo verdaderamente hermoso y de él salieron satisfechísimos todos los concurrentes.

Trenes Cadiz, San Fernando

Salidas de Cádiz	9:35	15	20:05
De 2.ª Aguada	9:30	15:05	20:10
De San Fernando	11:15	17:00	

Excelente noticia

La popular «Biblioteca PATRIA», (Bailén, 35, Madrid), que tantas y tan buenas obras ofrece de continuo a nuestros lectores, participa que desde esta fecha servirá a nuestros amigos una suscripción «especial», formada por seis notabilísimas obras, cinco de ellas laureadas recientemente por la nueva y patriótica «Obra Social de los Premios Personales».

El precio de la suscripción es de pesetas 5'50 al año, y como primer envío recibirán cuantos se suscriban un ejemplar de cada una de las obras siguientes.

«Lo difícil que es ir al Cielo...», por D. Manuel Linares Rivas, novela laureada con el premio Marqués de Comillas.

«Desamor», novela, asimismo laureada recientemente con el premio Conde de Villafuertes, y original de don Francisco Fernández Villegas («Zeda»).

«El Escapulario Rothschild».—Esta obra ha obtenido el premio Sundheim, y es debida a don Vicente Díez de Tejada.

«Luz de Luna», novela, de D. Wenceslao Fernández Flores, que obtuvo el premio Marqués de Saúzal.

«Julietta rediviva», novela original de don Andrés González Blanco, laureada con el premio Urbina.

«Blasones y talegas», una de las mejores novelas del inmortal Pereda.

Además, y en concepto de regalo, recibirán cuantos se suscriban, un ejemplar de cada una de las notabilísimas obras siguientes:

«La Sagrada Pasión», por Fr. Luis de Granada.

«Cuentos de PATRIA», por varios autores.

«La Perfecta Casada», por Fr. Luis de León.

«El Alcalde de Zalamea», por Calderón de la Barca.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Cortese y remítase a las oficinas de la «Biblioteca PATRIA», Bailén, 35, Madrid).

D. _____ de profesión _____ domiciliado en _____ provincia de _____ calle _____

núm. _____ acepta la suscripción especial que ofrece la «Biblioteca PATRIA» por pesetas 5,50.

Firma, _____

TEATRO PRINCIPAL

A pesar de lo desapacible de la noche, un público numerosísimo llenó, en la de ayer, las localidades y entradas en el Teatro Principal.

La fama de que venía precedida la sensacional producción cinematográfica «Cabiria», de la casa Itala Films, hizo que se congregara en el vetusto coliseo de la calle Aranda, lo más selecto de nuestra buena sociedad.

«Cabiria», como ya habíamos anunciado, es lo mejor hecho hasta el día.

Gabriel D'Annunzio al dar a la luz pública su hermoso poema, seguramente no imaginó que pudiera darse actualmente vida real, a lo que fué 300 años antes de la Era Cristiana.

Y sin embargo, la casa Itala ha puesto en esa producción, un interés tan grande, que más que proyección cinematográfica, parece traído el asunto a la vida real, pues solo para serlo, nos bastaría escuchar las voces de sus personajes, encargados de recordarnos y hacernos más vivido lo que la Historia relata.